FRAGIL HUMANIDAD

A continuación, un poema:

FRAGIL HUMANIDAD

¿Qué hacemos aquí?

A todos nos llega el día

Y no podremos faltar

A la cita del emplazado.

Aquí estoy, // en esta habitación, // aburrido y aislado, // contemplando taciturno // a las horas danzar.

Solo y en comunión, // ese soy yo, // somos nosotros y vosotros, // son ellos y ellas.

Soy un número. // Y todo número, se entiende, // tiene coeficiente, // denominador // y exponente. // Todos marcados con uno.

Una misma luz nos alumbra // y hace que todas las cosas se parezcan: // este cuarto, estas casas, estas calles, // la ciudad en que resides… // Y el abrazo truncado que solitario quedó.

¿Por qué danzan las horas?, // un niño me pregunta. // Es la armonía de las esferas, Platón responde. Y Jordano Bruno no se asusta cuando le muestran la hoguera.

Los reinos de la naturaleza son tres: // el reino mineral, el reino vegetal y el reino animal. // Hay un cuarto reino, balbucea una voz asmática: “El reino sintético”. // ¿Se comerá a los otros?...

Algas, musgos y líquenes, // hongos, virus y bacterias. // La noche se desmorona con las ventanas del alba. // ¡Naciste!, // oh bella flor matinal // orlada de rocío. // Todo es relativo. // Lo que llegue, tendrá que irse // y lo que sube tiene que bajar.

Escucho en la distancia // sublime y majestuosa // la Sonata del Diablo. // Hay un hombre // hecho de piedra encadenada; // el rostro fijo, la mirada perdida. // Sobre él no se cuelan las notas de este violín.

Todos somos ángeles // y todos somos demonios // La fealdad es belleza // que se ha ido. // ¿Y la maldad? // Es un ángel caído… // en desgracia, dicen… // Pobre luz bella // empujada al abismo. // Tersura de juventud // que no dura. // Solo frecuencia de ondas y disparo de partículas: // eso es el Mundo: // un solo instante // de curvatura // nos separa.

Salud y enfermedad, // tropel de bichos que se empujan // prístinos en su neutralidad: // pierden unos, ganan otros // por selección natural. // No son mejores ni peores, simplemente son.

Los cadáveres abonan nuestra historia / y las mismas podredumbres // engendran flores perfumadas // y miasmas insalubres. // Estadística y probabilidad. // Belleza y fealdad. // Azar y letalidad…

El tiempo pasa a hurtadillas; // notas largas, muy largas, melodías despreocupadas, // un camino con teclas de piano // perdido en sus recovecos. // Así fue Satie en su bohemia.

¿Qué hacer mientras pasan las horas? Nada y todo y todo y nada y nada y todo y nada en un torbellino sin fin. ¿Señorita, gusta bailar?

Pobre gorrioncillo agonizante, una espina atraviesa tu garganta, Flor de la vida que te extingues entre lágrimas de amor inexistentes. Ya entonaste tu mejor melodía sobre catre dorado de tomillo y yerbabuena: // retazos de luna embalsamada: // tu canto triste y tu dolor risueño // se quedarán // para siempre // con nosotros.

Fosas, losas y túmulos // y zanjas excavadas // y mortajas bordadas de cal en sus ojeras. // Un millón de guantes de alcohol desinfectante. // ¿Por qué danzan las horas? // Para entretenernos en la sala de espera. // Te verán “A las cinco de la tarde”, a las cinco en punto. ¡No lo olvides!... A las ocho de la noche, a las doce del día o a las tres de la mañana, qué más da. Ya no cuentan las horas y todas las fechas son iguales. El jinete del caballo negro arenga a sus tropas: “Cinco mil años de historia os contemplan”.

CARLOS DONOSO G.

----------------------------------

-------------------

--------

COMENTARIOS

Este poema lo hemos escrito en los últimos días de marzo, hasta cierto punto presionados por las restricciones de movilidad adoptadas por las autoridades de este país y de muchos otros para intentar frenar la pandemia del coronavirus; hay una mezcla de tedio y de sopor, de querer salir a toda prisa y detenerse de golpe para regresar a lo mismo. “La danza de las horas”, como todos conocen, es la pieza más conocida de la ópera “La Gioconda” de Ponchielli. Cuando niño la escuché por primera vez en casa de unos parientes y desde entonces me fascinó, empezando por el misterio de su título, y en esta larga espera hemos visto danzar a las horas... Este poema, al igual que los otros, tiene un mínimo de planificación y, como hemos explicado varias veces, solo se puede conocer el texto cuando se termina de escribir; hemos repetido, por casualidad, tres veces la frase: “la danza de las horas”, dos veces como pregunta y la otra con el verbo danzar en infinitivo. Hay otras referencias musicales: la Sonata del diablo de Paganini y la Sonata del trino del diablo de Tartini que tienen sus propias leyendas y que a pesar del racionalismo en que vivimos afloran a la mente debido a nuestra educación; también nombramos a Erik Satie, un músico diferente.

En la primera estrofa nos referimos a la “cita del emplazado”; el verbo emplazar significa citar a una persona en un lugar y un momento determinados… Esta redundancia se permite en poesía bajo el amparo de una figura literaria llamada pleonasmo. En la última estrofa se menciona entre comillas el verso de Lorca “A las cinco de la tarde” del poema “La cogida y la muerte” que forma parte de la composición elegiaca titulada “Llanto por Ignacio Sánchez Mejías”, torero amigo de ese autor. Es importante mencionar los recursos morfosintácticos de repetición de esa frase en versos pareados. Esta figura utiliza Lorca para aumentar la intensidad del poema en el sentido de fatalidad frente a una situación in extremis. Algo más, la última frase corresponde a la famosa arenga de Napoleón en su campaña de Egipto, en relación con las pirámides; tal y como aprendimos en la infancia; el sentido es obvio.

Todos los números reales se parecen, porque tienen propiedades semejantes: cualquier número solo existe si es que está rodeado por tres unos que no hace falta escribirlos. El amable lector puede hacer una prueba con lápiz y papel y escribir cualquier número y añadir un coeficiente igual a uno, un exponente igual a uno y luego un denominador similar; todo eso hace que exista el número, pero si el exponente fuese cero todos los números se convertirían en la unidad; así son las reglas. En la siguiente estrofa hablamos que todas las cosas se parecen…

Creemos que uno de los logros de la poesía es mostrar la imagen del mundo como se está viviendo a través de esos estados de confluencia de fuerzas, incluso con alguna dosis de premonición, pero además, en nuestra no muy larga experiencia en esta materia, hemos notado que tenemos un estilo propio, diferente de los otros, quizás fruto de esa mezcla de lógica, filosofía y ciencia que es difícil de encontrar. En nuestro poema “Frágil humanidad”, mostramos las dos concepciones de la vida: el fatalismo de Lorca y el indeterminismo basado en probabilidades.

En razón del largo tiempo transcurrido entre estos ensayos, consideramos oportuno escribir algo sobre la pandemia que nos asola y referirnos a la situación de los cadáveres en Guayaquil, noticia que ha dado la vuelta al mundo y que nos llena de vergüenza. En primer lugar, debemos aclarar que los trámites para enterrar a un fallecido en este país son tan largos y obsoletos que constituyen un verdadero vía crucis para los allegados; esto en condiciones normales; el mejor símil sería una culebra que se muerde la cola, resulta difícil descubrir dónde está la cabeza; así funciona la burocracia devorándose ella misma. El uróboros en este caso simboliza a la sociedad o a uno mismo como elemento perjudicial por sus propias actuaciones y por las instituciones que lo representan, y nos referimos a todas; por ejemplo: han obligado a los más pobres a tener numerosa prole para luego dejarlos abandonados a la buena de Dios; y les echan la culpa de ser indisciplinados; un montón de personas no pueden pasarse el día entero encerrados en un cuartucho; Guayaquil es una ciudad calurosa y con altísima humedad, especialmente en estos meses de lluvias. La gente pobre necesita ganarse la vida día a día y su dilema es permanecer en casa hasta morirse de hambre o salir con riesgo de infectarse. Un cadáver expuesto a la intemperie en pocas horas se pudre. Y hablan de dignidad, ¿de qué dignidad?, ¿dignidad en los funerales? Y obligan por su inoperancia a que permanezcan los cadáveres abandonados en las aceras junto a perros que los olfatean. ¡Vergüenza! Y muchos confunden dignidad con un ataúd bien lacado. Señores, si no hay recursos una fosa común es lo correcto; recordemos que un cadáver es despojo mortal, separado de la energía vital que lo habitó, solo polvo que se devolverá a la comunión de la tierra. Sociedad de sepulcros blanqueados: los unos son malvados cerriles y los otros, al parecer, tontos de capirote.

CARLOS DONOSO G. // Abril de 2020